

Hugo Chávez Frías

CUENTOS DEL ARAÑERO

Compilado por:
Orlando Oramas León
Jorge Legañoa Alonso



EDICIÓN ORIGINAL
Vadell Hermanos Editores, C.A.,
Caracas, 2012

PRIMERA EDICIÓN DE TXALAPARTA
Tafalla, marzo de 2013

© DE LA EDICIÓN: Txalaparta

© DEL TEXTO:
Orlando Oramas
Jorge Legañoa

© DE LAS ILUSTRACIONES: Omar Cruz

EDITORIAL TXALAPARTA, S.L.L.
San Isidro 35, 1. A
Código Postal 78
31300 Tafalla NAFARROA
Tel. 948 703 934
Faxa 948 704 072
txalaparta@txalaparta.com
www.txalaparta.com

GURE LIBURUAK S.L.
www.gureliburuak.com

DISEÑO DE COLECCIÓN Y CUBIERTA
Esteban Montorio

MAQUETACIÓN
Monti

IMPRESIÓN
Gráficas Lizarra
Tafallako errepeidea 1. Km.
31132 Villatuerta - Nafarroa

DEPÓSITO LEGAL
NA. 354-2013

ISBN
978-84-15313-50-2



Si uno pudiera volver a nacer y pedir
dónde, yo le diría a papá Dios: Mándame
al mismo lugar. A la misma casita de palmas
inolvidable, el mismo piso de tierra,
las paredes de barro, un catre de madera
y un colchón hecho entre paja y goma-espu-
ma. Y un patio grande lleno de árboles fruta-
les. Y una abuela llena de amor y una madre
y un padre llenos de amor y unos hermanos,
y un pueblito campesino
a la orilla de un río.

PRÓLOGO

«PERMÍTANME SIEMPRE ESTAS CONFIDENCIAS muy del alma, porque yo hablo con el pueblo, aunque no lo estoy viendo; yo sé que ustedes están ahí, sentados por allí, por allá, oyendo a Hugo, a Hugo el amigo. No al presidente, al amigo, al soldado».

Así comienza *Cuentos del Arañero*, cual anticipo de este libro que muestra a Chávez contado por sí mismo.

Más de 300 ediciones del programa *Aló Presidente* alimentaron la presente compilación; páginas con visos autobiográficos y la impronta de quien ha marcado la historia reciente de Venezuela.

Son muchas las pasiones que se desbordan en el discurso del líder bolivariano: la familia, el béisbol, las Fuerzas Armadas, el culto a los próceres, a los héroes, el amor infinito a Venezuela y, sobre todo, a las amplias masas excluidas.

Es un viaje que inicia en sus raíces en Sabaneta de Barinas, en aquella casita de palma y piso de tierra, con el topochoal a mano. «Pobre, pero feliz». Y la abuela Rosa Inés, la «mamavieja», la familia, los amigos de la niñez; la vívida estampa de cientos de miles de hogares humildes de los pueblitos del llano.

De entonces el Chávez sensible, observador, que absorbe cual esponja, se nutre de sus orígenes y carga con ellos

a través de los años, las vicisitudes y etapas de una vida de batalla.

Por aquellos días se fue forjando el apasionamiento por la historia, que enrumba desde las leyendas familiares, Mairisanta, «el último hombre a caballo» y su escapulario más que centenario.

«Por aquí pasó Zamora», decía la abuela, y la imaginación encandilaba a aquel muchacho que se subía al palo más alto del patio, oteando un horizonte en el que luego redescubrió a Bolívar por los caminos de la patria.

Porque Hugo Chávez Frías trajo de regreso a Bolívar, lo despojó de la coraza pétrea de las esculturas, lo bajó de los pedestales inmóviles de las plazas, se sumergió junto a él y lo hizo sustancia en el torrente de la gente, que se apropió del nombre, el pensamiento y la obra del libertador.

El presidente de Venezuela cuenta como nadie la historia nacional; la interpreta, la explica, hurga en sus protagonistas, batallas, contradicciones, con una visión de interconexión entre el pasado, el presente y el porvenir, con una perspectiva transformadora.

Chávez es un investigador e historiador que trasciende los moldes de la academia. Y ello no hubiera sido posible sin su paso por el cuartel, cual soldado de las «tropas del Ejército Libertador de Venezuela», como alguna vez le espetó, exigiendo respeto, a un gobernador adeco, corrupto.

Aquel «bachaco» o «tribilín» llegó a la Academia Militar, en Caracas, con la ilusión de ser pelotero de Grandes Ligas. Pero, junto al uniforme, los sueños se ensancharon catando de las tradiciones, de la disciplina, de la camaradería y, más que todo, de las injusticias vividas y confrontadas en el cumplimiento del servicio.

Así lo encontramos de subteniente en 1975, en La Marqueseña, Barinas, en las «antiguas tierras del Marqués de Boconó». Tierras mágicas signadas por senderos de leyendas, combates, sangre derramada y también por lo real

maravilloso: «Aquí descubrí un carro un día entre el monte, un Mercedes Benz negro. Lo limpiamos, abrimos el maletero con un destornillador y conseguí un poco de libros de Marx, de Lenin; conseguí este libro por allá, lo leí aquí: *Tiempo de Ezequiel Zamora*, de ese gran revolucionario Federico Brito Figueroa. Aquel subteniente Chávez comenzó a leer aquí, comenzó a hablar con los soldados allá».

Hablar quiere decir forjar conciencias, aunar voluntades, sembrar la semilla del Movimiento Bolivariano que tuvo su juramento en el Samán de Güere y el bautismo de fuego el 4 de febrero de 1992, cuando el «Por ahora» dio la pauta al devenir.

Chávez dialoga, tutea, narra al detalle, se adelanta a veces, va atrás, superpone historias; rompe la lógica gramatical sujeto-verbo-predicado. Es parte de su estilo, su técnica narrativa, con la cual mantiene en vilo, enseña, polemiza, pone a pensar y convence. Se trata, sin lugar a dudas, de un fenómeno de la comunicación directa, cercana, permanente con su pueblo.

Llanero de pura cepa, y orgulloso de serlo, Chávez es también un fabulador. Él asegura que no exagera, pero Fidel Castro, quien lo conoce bien, acuña que su amigo venezolano «rellena», al menos sobre las historias que involucran a ambos.

Los «reellenos» ocurren, sobre todo, cuando la narración le concierne personalmente. Como la serpiente que, según sus propias palabras, estuvo a punto de devorarlo en su cuna, allá en la casa de piso de tierra de Sabaneta. «A la tragave-nado la colgaron del techo y la cola pegaba en el suelo. El grueso era como el de un caucho de carro», rememora para asegurar: «estoy vivo de broma».

O aquel caimán del Arauca, que fue creciendo de cuento en cuento, en medio de la credulidad-incredulidad del auditorio. «Cuarenta y cinco metros de largo conté yo a pepa de ojo».

Entonces la narración gana en intensidad porque el que la cuenta lo hace como si la estuviera viviendo en tiempo real. Así llegan los sonidos: «pac», suena cuando su padre bocha la bola criolla; «ass», el silbido de la tragavenado; «uuuh», los fantasmas de Sabaneta; «pum», vuela lejos la chapita; «ta, ta, ta», Evo habla que habla; «ra, ra, ra», meterle a los gringos cuatro batallones por el flanco; «uju», sorpresa.

De la mano del sonido están también los corridos, las coplas, las canciones. «Yo canto muy mal», confesó públicamente, pero a continuación acotó: «como dijo el llanero aquel, “Chávez canta mal, pero canta bonito”».

Lo cierto es que resulta difícil encontrar a otro jefe de Estado que entone más en público, desde el himno nacional, hasta rancheras, baladas de moda y, sobre todo, las estrofas del cantar folclórico venezolano, del que ha sido campeón promotor. Cantor de pueblo, pues.

Y, ¡claro!, el lenguaje. El del presidente, del líder político, forjador de conciencias, educador, del declamador, del poeta. Pero también el del ciudadano de a pie y más, del veguero de campo adentro. De ahí el uso diáfano de vocablos que forman parte del habla popular, aunque algún diccionario no los reconozca: «jamaqueo», «choreto», «jalamecate», «firifirito», «espatilla'o», «esperola'o», «kilúo», «arrejuntar», entre muchos otros.

«¿Es cómico?», preguntaba un amigo al conocer de la idea del libro. Chávez es dicharachero, se ríe de sí mismo, celebra el chiste sobre su persona, pero también arranca carcajadas del auditorio cuando pone al adversario en el centro de su colimador. Ya lo dijo en alguno de sus alocuciones: «Revolución es amor y humor».

Pero Cuentos del Arañero es también algo muy serio. Chávez sufre en sus páginas, le duele el dolor del pueblo, del niño que agoniza sin atención médica, que muere porque el capitalismo y los gobernantes a su servicio se la negaron. «¡Es el infierno aquí!», se lamenta el presidente que, en los

primeros años de su gobierno, se consigue la tragedia por doquier, la nefasta herencia de la iv República.

«Como siempre, está la masa del pueblo y yo me echo encima de la masa, me abrazo con ella, sudo con ella, lloro con ella y me consigo. Porque allí está el drama, allí está el dolor, y yo quiero sentir ese dolor, porque solo ese dolor, unido con el amor que uno siente, nos dará fuerzas para luchar mil años si hubiera que luchar», exclama por aquellos días.

Desde esos tiempos, la amistad con Fidel, relación entrañable de una sensibilidad superior. Sobre ello, y más, habría mucho que decir. Pero mejor que lo cuente Chávez, el arañero de Sabaneta.

ORLANDO ORAMAS LEÓN
JORGE LEGAÑO ALONSO
Junio de 2012

1

Historias de familia



Nota del editor: para hacer más comprensible la lectura del libro, se ha añadido un glosario de venezolanismos a partir de la página 247.

CONFIDENCIAS

PERMÍTANME SIEMPRE ESTAS CONFIDENCIAS muy del alma, porque yo hablo con el pueblo, aunque no lo estoy viendo; yo sé que ustedes están ahí, sentados por allí, por allá, oyendo a Hugo, a Hugo el amigo. No al presidente, al amigo, al soldado.

Bueno, ayer fui a visitar la tumba de mi abuela Rosa. No quería ir en alboroto porque siempre hay un alboroto ahí, bonito alboroto y la gente en un camión y las boinas rojas. Yo dije: «Por favor, yo quiero ir solo con mi padre a visitar a la vieja, a Rosa Inés». Allí llegamos, y llegó el señor, un hombre joven, con una pala y unos niños, limpiando tumbas. Ellos viven de eso. Y me dijo el señor, dándole con cariño a un pedacito de monte que había al lado de la tumba de la vieja: «Presidente, usted la quiso mucho, cada vez la nombra, ¿verdad?». «Claro que la quise y la quiero, ella está por dentro de uno».

También me dio mucha alegría ver de nuevo, ¿cómo se llama el niño? No recuerdo, un «firifirito», que hace un año fui también a darle una corona a mi abuela, y él llegó: «Chávez, yo vivo limpiando tumbas y no tengo casa». Ayer

me dijo, con una sonrisa de oreja a oreja: «Chávez, gracias, tengo casa, mira, allá se le ve el techo». Tiene techo rojo la casa. El niño tiene casa, hermano, con su mamá y su papá y dos niños más, que están ahí, todos limpian tumbas. Aquella vez lo agarré y le dije: «¿No tienes casa?». ¡Claro!, son tantos los que no tienen casa, ¡Dios mío! ¡Ojalá uno pudiera arreglar eso rápido para todos los niños de Venezuela!

Le pedí al general González de León y al gobernador que se unieran para atender el caso de ese niño, porque él me dijo con aquellos ojitos: «Chávez, no tengo casa. Chávez, yo quiero estudiar», «Chávez, mi mamá está pasando hambre», y bueno, me dijo tantas cosas con aquellos ojitos que me prendió el alma. Y les dije, miren, hagan un estudio social. Y ya tiene casa el niño y se le ve el techo rojo. «Allá está. Chávez, visítame». Y yo le dije: «No tengo tiempo papá, pero otro día voy». ¡Ojalá pueda visitarlos algún día!

Ahí estuvimos rezando delante de la tumba de la abuela. Yo nací en la casa de esa vieja, de Rosa Inés Chávez. Era una casa de palma, de piso de tierra, pared de tierra, de alerones, de muchos pájaros que andaban volando por todas partes, unas palomas blancas. Era un patio de muchos árboles: de ciruelos, mandarina, mangos, de naranjos, de aguacate, toronjas, de semerucos, de rosales, de maizales. Ahí aprendí a sembrar maíz, a luchar contra las plagas que dañaban el maíz, a moler el maíz para hacer las cachapas.

De ahí salía con mi carretilla llena de lechosa y de naranjas a venderlas en la barquillería. Así se llamaba la heladería, y me daban de ñapa una barquilla. Era mi premio, y una locha para comprar qué sé yo qué cosas. Bueno, de ahí vengo. Cuando yo muera quiero que me lleven allá, a ese pueblo que es Sabaneta de Barinas, y me conformaré con una cosa muy sencilla, como la abuela Rosa Inés.

La abuela Rosa Inés decía: «Muchacho, no te encarames en esos árboles». Yo me subía arriba, chico. Había un matapalo en el patio donde me crié, era un patio hermoso y uno se subía en todos esos árboles. El matapalo era el más alto y uno buscaba las ramas más altas porque había unos bejucos y allá abajo un topochal. Y como las matas de topocho tienen el tronco blando y esponjoso, es como un colchón.

¿Tú sabes lo que yo hacía? Me lanzaba con mis hermanos y Laurencio Pérez, el otro que le decíamos «El Chino». El único que no se subía era el «Gordo Capón». El «Gordo Capón» no podía subirse, era el dueño del único bate y la única pelota Wilson, así que ese era cuarto bate aunque se ponchara. Uno se lanzaba barúuu, barúuu. El hombre de la selva. Yo prefería ser Barú que Tarzán. Barú era africano. Uno caía, se «espatillaba» contra los topochoales y mi abuelita, pobrecita, que en paz descansa, salía con las manos en la cabeza: «¡Muchacho, te vas a matar, bájate de ahí, mira que el Diablo anda suelto!».

A veces a mí me daba miedo porque uno pensaba que el Diablo andaba suelto de verdad. Claro, Cristo anda suelto también y Cristo siempre le gana al Diablo como Florentino le ganó al Diablo. Ella nos regañaba mucho, nos bajaba de los árboles, pero en la noche nos sentaba en el pretil de la casa de palma, cuando se iba la luz de la planta eléctrica de Sabaneta, que quedaba cerquita de la casa. Cuando pasaba don Mauricio Herrera en una bicicleta, uno sabía que ya iban a apagar la planta. «Ahí pasó don Mauricio», y era como un reloj. Él pasaba todas las noches a las ocho en punto. Recuerdo que apagaba una primera vez, ese era el aviso. Era como la retirada, como cuando uno está por allá y le tocan la corneta. Después venían dos apagones, rur, rur, y ya la tercera era que se iba la luz en el pueblo.

Claro, ya estaban las velas prendidas o las lámparas aquellas de kerosene, y la abuela lista con sus cuentos. Y uno la buscaba: «Abuela, échanos los cuentos». Y ella hablaba de un cabo Zamora y de un Chávez, abuelo de ella, que se fue con el cabo Zamora y no regresó más nunca. Recuerdo que desde niño oía comentarios entre las abuelas: «Cónchale, que aquel sí fue maluco, dejó la mujer sola y le dejó los hijos».

El abuelo por los Chávez, el abuelo de mi abuela se fue con un tal Zamora y no vino más nunca. Dejó los muchachos chiquitos y la mujer se quedó sola con los muchachos vendiendo topocho y pescando en el río. También oía los comentarios de mis abuelas, las Frías, de que hubo un maluco, un tal Pedro Pérez Delgado, quien también tuvo dos muchachos con Claudina Infante y se fue. Estaban los muchachos chiquiticos y más nunca volvió. Entonces yo tenía la idea de que eran malucos, pero cuando voy a buscar la historia en los libros resulta que no eran ningunos malucos, eran unos soldados. Esas son las leyendas, esos son los cuentos pero que vienen de las propias raíces.

YO VENDRÍA A BUSCARTE

Mi abuela Rosa Inés nos enseñó a Adán y a mí a leer y a escribir antes de ir a la escuela. Fue nuestra primera maestra. Ella decía: «Tienes que aprender, Huguito». ¡Las letras redonditas que ella hacía! Quizás de ahí viene mi pasión por la lectura, por la buena escritura, la buena ortografía, no cometer ni un error. Algunos me sufren, porque yo soy que si el acentico, la comita, la forma de la prosa incluso, y del verso de cuando en cuando. Ella me decía, ya yo militar: «Huguito, usted sálgase de ahí, usted no sirve para eso». Y a mí me gustaba el Ejército, y le preguntaba: «¿Por qué no sirvo para eso, abuela?». «Usted es muy “disposi-

cionero”, usted inventa mucho». Dígame después, cuando, ya de teniente, de vacaciones, llegué un día a la casa con otros cadetes; nos sentamos ahí y yo puse a Alí Primera: «Soldado, vuelca el fusil contra el oligarca». Ella tenía esa inteligencia innata de nuestro pueblo y oía el canto de Alí Primera. Se fueron los compañeros y me dijo: «¿Se da cuenta? Usted se va a meter en un lío, porque yo estoy oyendo esa música y usted se la pone a sus compañeros, Huguito, Huguito». ¡Ay, la abuela! Ella me descubrió antes de tiempo, me intuyó. Murió aquel 2 de enero, la sembramos en medio de retoños y de amaneceres el año 1982. Recuerdo que tenía guardia el 31 de diciembre en Fuerte Tiuna, en la Academia. Me gustaba mucho pararme en el Gran Hall, en la puerta grande que da hacia las columnatas, y ver el jolgorio en la soledad. A las 12 de la noche nos asomábamos ahí el grupo de oficiales a darnos el abrazo, a ver los cohetes de los cerros de El Valle, a oír los rumores de la alegría y la esperanza de un pueblo que se renueva cada 31 de diciembre. El 31 hubo reunión de oficiales despidiendo el año y me dio pena pero le dije a mi coronel Tovar: «Mi coronel, necesito un permiso, tan pronto regresen los que están de permiso de segundo turno». Y le expliqué: «Mi abuela, que es mi mamá vieja, está muy mal y no le quedan muchos días de vida. Me acabo de despedir de ella hace dos días, un abrazo y las lágrimas y recuerdo que me dijo: “¡Ay!, Huguito, no llores, que quizás con tanta pastilla me voy a curar”». Pero no, ya no tenía cura, sabíamos que se iba, ya se estaba yendo. Y el buen coronel me dijo: «Chávez, vaya». Yo era jefe de deportes y no había en ese momento ningún gran compromiso deportivo. Entonces me dijo: «Váyase el 5 de enero cuando lleguen los demás». El día primero me voy a visitar a mi coronel Hugo Enrique Trejo, en Macuto. Él tenía una casita allí; ese fue como otro padre mío, orientador, el gran líder militar de los años 50. Ahí estuvimos conversando. En la tarde me fui a Villa de Cura a visitar a mi tía abuela Ana, la hija de Pedro

Pérez Delgado. Estando allá salí a afeitarme, porque estaba muy mechudo –como decimos–, para regresar en la tarde a la Academia. Cuando regreso, ya tenía la noticia: «Ha muerto la abuela». Así que la sembramos al día siguiente. Ya yo estaba comprometido con la Revolución, por eso le escribí estas líneas:

«Quizás un día mi vieja querida, dirija mis pasos hasta tu recinto, con los brazos en alto y como alborozo, colocaré en tu tumba una gran corona de verdes laureles: sería mi victoria y sería tu victoria y la de tu pueblo, y la de tu historia; y entonces por la madre vieja volverán las aguas del río Boconó, como en otros tiempos tus campos regó; y por sus riberas se oirá el canto alegre de tu cristofué y el suave trinar de tus azulejos y la clara risa de tu loro viejo; y entonces en tu casa vieja tus blancas palomas el vuelo alzarán y bajo el matapalo ladrará “Guardián”, y crecerá el almendro junto al naranjal, también el ciruelo junto al topochal, y los mandarinos junto a tu piñal, y enrojecerá el semeruco junto a tu rosal, y crecerá la paja bajo tu maizal, y entonces la sonrisa alegre de tu rostro ausente llenará de luces este llano caliente; y un gran cabalgar saldrá de repente y vendrán los federales, con Zamora al frente, y las guerrillas de Maisanta, con toda su gente, y el catire Páez, con sus mil valientes; o quizás nunca, mi vieja, llegue tanta dicha por este lugar, y entonces, solamente entonces, al fin de mi vida yo vendría a buscarte, mamá Rosa mía, llegaría a tu tumba y la regaría con sudor y sangre, y hallaría consuelo en tu amor de madre, y te contaría de mi desengaño entre los mortales, y entonces tú abrirías tus brazos y me abrazarías cual tiempos de infante, y me arrullarías con tu tierno canto y me llevarías por otros lugares...».

LA NEGRA INÉS

Yo tuve una bisabuela que le decían la Negra Inés. Una negra despampanante, famosa en todo el llano. Han pasado casi cien años y todavía la recuerdan poetas del llano: la Negra Inés, la de la casa del semeruco, cerca de la iglesia. ¡Ah!, eso suena a recuerdo bonito, profundo y lejano.

Dicen que la Negra Inés era hija de un africano que pasó por aquellos llanos. No es que dicen, es que era verdad, porque cuando cien personas dicen lo mismo en un pueblo pequeño, es verdad. Aunque quizás yo nunca sabré el nombre de aquel antepasado africano, que era de los Mandingas. Así que yo terminé siendo un Mandinga. La Negra era la madre de mi abuela Rosa Inés Chávez, que nació entre india y negra. Porque, ¡mira!, el papá de mi abuela, de Rosa Inés, fue un italiano que se levantó a la Negra Inés y vivieron un tiempo juntos. Tuvieron a Rosa Inés y a Ramón Chávez, que lo recuerdo. Yo lo vi morir. Murió de un ataque, como decían antes.

El tío Ramón me hacía los papagayos. Estaba muy enfermo en un chinchorro y me dice: «Huguito, ayúdame a ir al baño», que estaba allá atrás, el excusado, pues. Yo lo llevo y le digo: «Tío, aquí es». Y no, él siguió y llegamos casi a la cerca. Él no veía y cayó. Salí corriendo a llamar a la abuela: «Mamá Rosa, mamá Rosa, mi tío, tiene un ataque». Cuando vino un médico, que consiguieron no sé dónde, ya estaba muerto mi tío Ramón Chávez.

YO ESTOY VIVO DE BROMA

Cuenta mi madre que estoy vivo de broma, de bromita estoy vivo. Un día ella estaba en la cocina, yo chiquitico, de meses. Adán tenía año y piquito. Yo estaba en un chinchorro, llorando y mi mamá le dice a Adán: «Vaya, mézame al niño».

Mi mamá lo que oyó fue el chillido mío y salió corriendo a ver. Resulta que el chinchorro estaba como lo ponemos en el campo, guindado sobre la cama. Y el Adán, que además era kilúo, lo agarró por la cabuyera y haló el chinchorro.

Él me meció, pero verticalmente, y el pobre niñito aquel, que era yo, salió disparado como bala humana. Mi mamá me encontró allá, orinadito y todo, en la esquina allá. Menos mal que las paredes eran de barro, de tierra, y el piso también. Ese fue Adán.

Después cuenta mi mamá que a los pocos días ella estaba ahí como a medianoche. Todo oscuro. Mi papá no había llegado. Yo estaba en la cuna. Adán estaba con mi abuela en el otro cuarto. Mi mamá oye un ruido en la oscuridad que hace: «¡Asss, asss!». Ella pela por la linterna y alumbra. Cuando ve algo debajo de mi cuna, ¡era una tragavenado, compadre! Mi mamá me agarró y salió disparada. Llamó a mi tío Ramón Chávez, que en paz descansa, quien mató la culebra con un machete o un palo. A la tragavenado la colgaron del techo y la cola pegaba en el suelo. El grueso era como el de un caucho de carro. Era una culebra que tenía azotada a la conejera de mi abuela. Se había comido ya varias gallinas y andaba buscando un bachaquito, fíjate. Yo estoy vivo de broma.

SACA VEINTE O CONSIDÉRATE RASPA'O

Cuando mi padre era mi maestro de cuarto grado, me consta que revisaba mi prueba una y tres veces, con mayor rigor que las otras. Yo a veces reclamaba justicia, tratamiento igual, pero no, mi padre era más duro conmigo. Así tenía que ser. Fue una gran enseñanza para mí y mis hermanos. Me dijo: «Cuando tú no saques 20 considérate raspa'o». Y una de las motivaciones que uno tenía el fin de semana, el sábado, era ir a ver «Tin Tan», «Chucho, *El Roto*», «El Águila

Negra», todas esas películas de aquellos años en el único cine que había por todos esos pueblos, el Cine Bolívar de Sabaneta, que costaba un real. Mi papá nos llevaba, pero cuando yo no sacaba veinte, no iba al cine. No olvido que me perdí la película «Neutrón», porque no saqué 20 en un examen, no sé cuál. Lloré mucho, mi abuela me consolaba: «¡Ay, Huguito!».

EL ARAÑERO

Ustedes saben que yo vendía arañas. Desde niño, más o menos, tengo noción de lo que es la economía productiva y cómo vender algo, cómo colocarlo en un mercado. Mi abuela terminaba las arañas y yo salía disparado. ¿P'a dónde iba a coger? ¿P'al cementerio? Estaría loco. Allá estaba a lo mejor una señora acomodando una tumba, a lo mejor un entierro. Si había un entierro entonces yo aprovecharía ¿verdad? Pero no, ¿p'a dónde? P'al bolo. Más de una vez mi papá me regañó: «¿Qué haces tú por aquí?». «Vendiendo arañas, papá». Todas las tardes, a las cinco, se veían allá los hombres del pueblo. Mi papá jugaba bolos porque él es zurdo y lanzaba bien.

En el bolo yo vendía la mitad, y después p'al cine. La concentración, pues, en la Plaza Bolívar. A la salida de la misa estaba yo, mire, con mi bichito aquí: «Arañas calientes», no sé qué más. Y le agregaba coplas: «Arañas calientes, p'a las viejas que no tienen dientes»; «Arañas sabrosas, p'a las muchachas buenamozas», cosas así. Arañas calientes, araña dulce, p'a no sé qué. Yo inventaba, ya casi se me olvidaron las coplas. A las muchachas yo les cantaba. Dígame si salía por ahí Ernestina Sanetti, ¡ah!, yo le cantaba. Ernestina Sanetti, Telma González, de las bonitas del pueblo. Entonces vendía mis arañas ahí donde estaba el mercado y la concentración.

¡Cómo olvidar las fi estas de Sabaneta! Yo era monaguillo, tocaba las campanas, y había que tocarlas duro los días de fiesta. Y la abuela: «¡Huguito, hay que buscar más lechosa!». Porque en los días normales yo vendía no más de veinte arañas dulces; eran dos bolívares con un real. En cambio, en las fiestas se vendían hasta cien arañas diarias. Mi abuela se levantaba muy temprano. Yo la ayudaba; les comía las paticas a las arañas. Y le regalaba una a Hilda, que me gustaba aquella muchachita. Me quedaban por lo menos dos lochas todos los días, para montarme en la montaña rusa y la vuelta a la luna aquella. Me gustaba ir al circo y ver a las trapezistas bonitas que se lanzaban. De cuando en cuando iba un elefante, un tigre en una jaula, y uno vivía las ilusiones del mes de octubre. Dígame en las fi estas patronales. ¡No! Estábamos en emergencia, había que buscar lechosa no sé, hasta allá en el río, porque se vendía mucho, y además no teníamos competencia. La única casa donde se hacían arañas en este pueblo era la casa de Rosa Inés Chávez. Sí, un monopolio.

GENTE HONRADA

Recuerdo que compraba a veces a crédito. Nosotros vivíamos de lo que nos daba mi papá, que era maestro por allá, en un monte. ¡Imagínense un sueldo de cien bolívares! Mi abuela hacía dulces, vendíamos arañas, tabletas, majarete, dulce de coco y frutas. Vendíamos muchas frutas porque el patio, donde yo fui un niño feliz, era un patio lleno de árboles frutales de todo tipo y de eso vivíamos.

Había tiempos difíciles cuando la abuelita no podía hacer el dulce.

Yo le decía a Luis Alfonso, el bodeguero, donde compré toda la vida: «Luis Alfonso, vengo a fi ar un bolívar de plátano». Y él anotaba ahí, porque estábamos pasando por una

situación difícil. Pero luego me ponía las pilas, como decíamos. Mi abuela hacía doble dulces, yo vendía más rápido y le pagábamos la locha o el bolivita que nos había dado fi a'ó Luis Alfonso. La gente humilde es honrada.

POBRE PERO FELIZ

Hace poco estábamos comiendo mangos con el gobernador en la casa del rey, allá en Jamaica. Había mucho mango. Y entonces le contaba al gobernador que fui un niño pobre, pero feliz. Yo me iba por los montes a comer mangos, naranjas y ciruelas. Éramos muy pobres. A mí lo que me daban era una locha diaria para ir al liceo; con eso uno se tomaba un fresco y a lo mejor se comía un pedacito de pan.

Pero después, cuando salíamos en la tarde, me iba directo del liceo al estadio «La Carolina», en Barinas, donde hoy funciona un estadio de fútbol muy bueno. Eso está rodeado de mangos y mangas y esa era la cena de nosotros, de los que estábamos practicando. Yo iba con mi maletín y mis guayitos viejos de jugar béisbol: mi guantecito viejo, una camiseta, una gorrita. ¡Qué divino, vale! La manga grandota, y uno agarraba una maceta y a tumbar manga, camarita, y a comer. De cuando en cuando alcanzaba para un pan de azúcar, dulcito, de esos con azuquita.



LA VIRGEN DE LA SOLEDAD

Recuerdo mucho a mi abuela Rosa Inés cuando llegábamos a la casa de palma grande, donde yo nací. Era muy fresca. Pero veníamos de alguna actividad, alguna visita a los vecinos, y la casa estaba sola. Mi abuelita abría la puerta y siempre decía: «Buenos días o buenas noches, Virgen de la Soledad». Ella le hablaba a la Virgen de la Soledad, que se quedaba cuidando la casa; le encomendaba la casa.

LOS FANTASMAS DE SABANETA

Estaba recordando a mi compadre Alfredo Aldana, en Sabaneta, al «Chiche» Frías, a «Pancho» Bastidas, «Cigarrón» Tapia. Yo era un niño como de diez años, ellos eran unos zagaletones de catorce y quince. En las noches se ponían una sábana blanca. Yo los veía, porque mi primo «Chiche» Frías era uno de ellos. Después que Mauricio Herrera, que en paz descansa, apagaba la planta eléctrica de mi pueblo, salían con la sábana blanca por Sabaneta haciendo ¡uuuuuh!, corriendo por la plaza, por el cementerio. Eran malos, traviesos. Uno sabía que eran ellos, pero yo callaba. En ese tiempo más de un fantasma de esos brincaba una cerca, cuestiones hasta de amores.

Una noche le pusieron una vela, por la orilla de la casa vieja a mi pobre viejita. Creo que fue mi primo Adrián Frías, era otro que a veces se disfrazaba. Pues pusieron una vela en el patio de la casa vieja de mi abuela. Ella estaba muy asustada: «¿Te das cuenta?, ¡ahí están los muertos!». Tuve que decirle la verdad: «No, abuela, es que los muchachos quieren llevarse un saco de naranjas, entonces ponen una vela para que la gente se asuste y no se acerquen al patio». Los fantasmas de Sabaneta.

EL PRIMER DISCURSO

Recuerdo la primera vez que di un discurso, cuando llegó el primer obispo a Sabaneta de Barinas. Estaba en sexto grado y me pusieron a leer unas palabras, a darle la bienvenida al obispo González Ramírez, algo así se llamaba. Y ese mismo año, un 12 de marzo de 1966, me correspondió leer también un discurso en la Plaza Bolívar, de Sabaneta de Barinas, a nombre de los muchachos del Colegio Julián Pino, donde hice mi primaria. Nunca se me olvida una frase de ese discurso que escribió mi padre: «La bandera que Miranda trajo y que Bolívar condujo con gloria». Eso se me grabó para siempre.

OFASA

Cuentos de familia. Hay que ver cuando nos reuníamos. Ahora casi no tengo tiempo. A veces la familia sufre el impacto de todo esto. Desde aquí un saludo y un recuerdo a mis hermanos. A Aníbal le decíamos «Boca'e bagre». A Nacho, «Churro mogotero». Nacho era fl aquito y paletú'o. A mí me decían «Tribilín» o «Bachaco». A Adán le decían «Macha macha». Al negro Argenis le decían «El Indio» o «Curicara». Y a mi hermano menor, Adelis, le decían «Ofasa».

¿Saben por qué? Ofasa era una cosa internacional, una oficina. Creo que era de los yanquis, no estoy seguro. Sospecho que era algo raro, porque era una agencia de ayuda humanitaria y había propaganda por radio, allá en Barinas: «Ofasa lo visitará en su casa», «Ofasa atiende a la humanidad». Y Adelis estaba chiquitico. Tendría como ocho, nueve años. Él era muy meti'o y quería estar en todo. Entonces llega una señora que vivía en la calle, una indigente que andaba pidiendo ropa y comida por las casas. Adelis estaba

por la ventana del cuartico, y mi abuela Rosa ahí limpiando. Él ve que la señora viene p'a la casa, y entonces le dice: «¡Mamá Rosa, mamá Rosa, ahí viene Ofasa!». Porque por radio él oía: «Ofasa lo visitará en su casa. Ofasa atiende a la humanidad». Por eso le decimos «Ofasa».

ASUNTO IDEOLÓGICO

Como un amigo nuestro allá en los años 60, en Barinas. Ustedes saben que yo soy feo, él era el triple de feo que yo. En las fi estas uno tenía que hacer esfuerzos. Había otros que se peinaban de medio lado y no sé qué más. Además, uno siempre con la misma ropita, unas botas de goma ahí. Uno tenía que hacer un esfuerzo muy grande para acercarse a una muchacha y sacarla a bailar, agarrarle la mano, un esfuerzo grande aquel. Pero mi amigo, que era el triple de feo que yo, sospechaba que las muchachas no iban a bailar con él o aceptarle una conversación. Teníamos catorce años, éramos unos niños. Entonces él decía: «Yo no bailo con ninguna muchacha hasta que no se defi na ideológicamente». Y él estaba comenzando por los caminos del marxismo, hijo de un marxista muy respetado, un profesor barinés.

EL PENSAMIENTO

Mi papá empezó a dar clases de primaria, por allá en Los Rastrojos. Tenía sexto grado, no había liceo en Barinas. Luego consiguió un puestico de maestro por allá en un monte, pues. ¡Ah!, pero entonces se inscribió en los cursos de mejoramiento del magisterio, una cosa buena que había. No todo lo pasado fue malo. Eso venía desde mucho antes del año 1958. Entonces mi papá venía a Caracas en agosto y traía libros. Cuando el terremoto de Caracas mi papá estaba

aquí y lo lloramos mucho: «Se acabó Caracas», decían por radio. Y los rumores allá en Sabaneta: «Caracas se acabó».

Después llegó un telegrama al otro día: «Estoy vivo, estoy bien». Y llevó una enciclopedia, creo que francesa, *Quillet*. Me prometió un amigo francés conseguirme una de la época, porque se perdieron esos libros. El último que vi lo tenía mi hermano Adán. Después no sé, al mismo Adán se le perdió en estos huracanes que se llevaron muchas cosas. Pero ahí había muchas recomendaciones: fi losofía, matemática, historia; era como mi internet entonces.

Yo era un niño y me bebía aquellas páginas. Y una de las recomendaciones que había allí, que la apliqué toda mi vida, era la siguiente: «Usted piense», decía alguna página de aquellas. Yo lo apliqué. Si estás en la mañana limpiándote los dientes, piensa lo que estás haciendo: «Me estoy limpiando los dientes». No estés ahí como si fueras un árbol, que no piensa. Si estás «pitchando» en el béisbol, piensa. Si estás disfrutando con unos amigos, unas amigas, piensa. El pensamiento es clave para entender lo que uno está viviendo, para no pasar por este mundo así como si fuera una nube que pasó.

¡QUE NO ME LO MATEN!

En La Chavera estaba mi padre el 4 de febrero de 1992 en la mañana, como todos los días, con sus cochinos y cuatro vacas. Llegó alguien en bicicleta a decirle: «Mire, don Hugo, que hay una rebelión militar, que unos militares se alzaron». Eran unos muchachos, vecinos que tenían allí también un ganadito. Ellos me conocen desde hace tiempo, porque yo siempre en vacaciones iba a La Chavera a jugar bolas criollas, a bañarnos en el río. Los muchachos le dijeron: «Don Hugo, ¿usted no cree que Huguito esté metido en eso?».

Ellos ya intuían, porque me conocían de tanto hablar en la cancha de bolas, en el río, por allá en bicicleta, caminando por esas costas de ríos. Mi papá les dijo, lavando la cochinita: «No, no, ese no se mete en eso».

En cambio, cuando Cecilia, la vecina, llamó a mi mamá: «Mira Elena, dijeron por Radio Barinas que hay una rebelión militar». Mi mamá se puso a rezar «porque ahí tiene que estar Huguito». Lo que son las madres, ¿no? Mientras mi papá decía: «No, tranquilo que ese no se mete en nada de eso», mi mamá desde que le dijeron se puso a rezar. «¡Que no me lo maten!, porque estoy segura de que ese está ahí». Te quiero, mi vieja, Elena. ¡Muy sabrosa la delicada!, las hallacas y la mazamorra que me trajiste. Me queda todavía un poquito, voy poco a poco. No le doy a nadie.

LOS DEDOS DE MI PADRE

Acabo de hablar con mi padre y a mi padre lo amo, lo admiro y, además, lo metí en este lío. Mi padre Hugo de los Reyes Chávez, un maestro jubilado. Estaba criando cochinos y gallinas ponedoras desde hacía varios años, hasta el 4 de febrero en la mañana. Dejó las gallinas, dejó los cochinos, dejó cuatro vacas flacas, dejó un fundito que le costó toda su vida de maestro y se fue a la batalla.

Él andaba fundando comités bolivarianos por los pueblos y buscando firmas para la libertad, no de su hijo, sino de los soldados. Yo estaba prisionero, me enteré y lo lloré. Incluso escribí un poema llamado *Los dedos de mi padre*, que se perdió porque me allanaron a los pocos días y se llevaron los manuscritos.

Y perdió tres dedos porque se desprendió la carrucha en esos ríos donde no ha llegado la mano del desarrollo y todavía se pasan en carrucha, por allá en los llanos, en el pie de monte. Recuerdo que hablaba de las manos de mi padre, las

mismas que me enseñaron a escribir la a, la e, la i, la o, la u. Las mismas que junto a las de mi madre y su amor, hicieron posible, por la mano de Dios, que viniera al mundo junto con mis hermanos.

EL VIEJO COMO UN GUERRERO

El día jueves en la noche mi padre sufrió un accidente cerebro vascular, cumpliendo con sus labores allá de gobernador de Barinas. Se la pasa por los pueblitos atendiendo a la gente, viviendo con la misma angustia existencial que vivimos nosotros ante la tragedia de los campesinos, y cumpliendo con sus responsabilidades. Fue sorprendido, una emboscada de la vida como yo la llamo.

El viejo como un guerrero se paró, lo trajimos esa madrugada a Caracas y llegó una doctora a hacerle preguntas. Algo importantísimo es que papá nunca perdió la conciencia, y Dios mediante se está recuperando. Pero esa madrugada, como a las cuatro de la mañana, llegó la doctora. «¿Tú sabes silbar?», le dijo. «¿Qué quieres que te silbe?». Yo lo veía muy preocupado, pero por dentro con una gran esperanza al verlo con aquella picardía, ahí guapeando. Después le dice la doctora: «¿Pero tú silbas y cantas también?». «Sí», y le cantó una canción, una canción viejísima.

Papá fue parrandero. Yo era muy niño y él tenía un amigo llamado John que tenía una guitarra y ellos cantaban, daban serenatas y, a veces, los viernes llegaba a medianoche. Imagínate tú, era maestro de escuela y vendía carne por los campos en un burro negro. Conoció a mi mamá que nació y se crió en un campito más adentro del pueblo, en las costas del Caño de Raya, un caserío que se llama Los Rastrojos. Ahí nació mi mamá. En las Frías eran casi puras hembras ¿no?, y buenas mozas. Papá se la trajo en el anca del burro y se casaron.

Cuando nació Adán, el mayor, papá tenía veinte años; mi mamá diecisiete. Yo nací al año siguiente. Somos seis varones en fi la india. A mi papá lo recuerdo, chico, jugaba béisbol; de ahí nació mi pasión por el béisbol. Papá es zurdo, jugaba en el equipo Los Centauros de Sabaneta, en un peladero de chivo, jugando primera base. Lo recuerdo también de bochador de bolas criollas, con la zurda. Él sacaba la bola por un lado, «pac».

Y le cantó esa vieja canción a la doctora, a las cuatro de la mañana.

Es una tonada hermosa que termina diciendo: «A mí me dicen llanero, ay, sí / y de eso no me quejo / porque traigo mi sombrero / porque traigo mi sombrero de paja y con barboquejo».

UN PEDAZO DEL ALMA

Yo fui padre la primera vez a los veintiún años. Nació Rosa Virginia, mi terrón de azúcar. Fue creciendo Rosa y vino María y después Huguito. Los veía a ellos muy pequeños, pero yo decía: «Estos no son los únicos niños del mundo». Yo veía que ellos tenían vivienda, que podían ir a la escuela. Si se enfermaban, los llevaba al Hospital Militar.

Recuerdo que cuando veníamos a Caracas, me paraba en la autopista, en algún borde y les decía: «Miren, ustedes tienen suerte. Tienen un padre que puede, más o menos, proporcionarles un sustento, porque soy militar profesional y tenemos un sistema de seguridad social que los atiende a ustedes. Pero allá arriba, en aquellos cerros, vean cómo andan los niños, muchos sin padre, muchos sin atención de ningún tipo». Es decir, fui preparando a mis hijos para lo que vino después, que fue muy doloroso.

Nunca olvidaré, como padre, la noche del 3 de febrero de 1992: dejar la casa, dejar los hijos dormidos, echarles la ben-

dición, darles un beso, dejar la mujer y salir con un fusil en la oscuridad. ¡Eso es terrible!, porque uno deja un pedazo del alma.

ROSA VIRGINIA

Mañana, 6 de septiembre, cumple años Rosa Virginia Chávez Colmenares, mi niña, la negrita Rosa, que Dios me la bendiga. Nació en Maracay, yo era teniente apenas. Le dije al comandante de batallón: «Deme un permiso que mi mujer va a parir». Y me vine en la mañanita a Caracas, a buscar real, porque no tenía para pagar el parto y el seguro no me cubría sino una pequeña parte. Además fue un parto un poco difícil el de Rosa Virginia. Nancy, su madre, mi primera esposa, a la que recuerdo con mucho cariño.

No tenía ni carro. Me lo prestó el subteniente Chávez Tovar, un compañero del Batallón Blindado Bravos de Apure. Tenía un Fairlane 500, rápido. Así que me vine como una bala a Caracas, al Ipsfa, con una carta del comandante para aligerar. Yo había pedido un crédito personal, seis mil bolívares para pagar la clínica. Llego y me meto y hasta me pararon firme. Había un coronel ahí que no me quería atender o estaba muy ocupado; tuve que parármele al frente: «Atiéndame que es urgente». Por fin me dieron el cheque, un chequecito, hermano, lo cobré a las 11:30 en el mismo banco del Ipsfa.

Prendo ese carro y llegué a Maracay en menos de una hora, directo a la clínica. Cuando voy entrando por el pasillo largo de la clínica veo al mayor Richard Salazar, que era segundo comandante del batallón, y un grupo de oficiales. Y lo primero que me dijo: «Perdiste la apuesta». Yo había apostado que era macho, y es más, le había comprado un bate de béisbol. Perdí una botella de whisky, que en ese tiempo se podía apostar. Claro, quedé endeudado. Yo no tenía p'a pagar

esa botella, se la tomaron ese mismo día. Bueno, ya estaba la negrita Rosa Virginia chillando allí felizmente.

«LA BRAZO LOCO»

María Gabriela nació en aquella sabana de Barinas, y en ese día tan especial siempre íbamos en su cumpleaños a los desfiles y las cosas del Día de la Bandera. Entonces ella asociaba todo aquel colorido a su cumpleaños. Un día le dije: «Yo te iba a poner María Bandera». «¡Papá, te hubiera demandado!». Porque María salió así, libre como el viento, como la bandera. Ella ondea así.

Cuántos recuerdos. Tu infancia más lejana, tu compañía en los desiertos; nunca fue un desierto, siempre estaba alguien allí. Nunca uno anda solo, incluso Jesús siempre anda con nosotros, el de Nazareth. María siempre allí, con su alegría, sus cosas, con sus brincos. Una vez se cayó de un guayabo, allá en Elorza, y se le zafó el brazo. Tenía como siete años. Tuve que traérmela en un camión, en pleno invierno, hasta Barinas.



Yo con aquella niña por aquellos caminos intransitables, con aquel brazo que le bailaba. La operaron en Barinas y le pusieron el brazo en su sitio. Luego, yo le «pichaba» a Huguito y María «quechaba». Ella me lanzaba de regreso y la pelota salía hacia los lados. No la lanzaba derecho. Yo le decía: «Tú eres brazo loco», así que le decían «la brazo loco».

NACIÓ HUGUITO

Recuerdo cuando nació mi hijo Huguito, que es Hugote ya; está más alto que yo. Lo vine a conocer a los tres días porque estaba yo, como siempre, entregado a mi vida de soldado. Nancy se fue a parir a Barinas y yo andaba en una comisión con unos tanques, en maniobra. Por allá, en medio de un tierrero, unos tanques y unos soldados, me llegó el mensaje: «Parió macho». Celebré entre tanques de guerra y entre soldados el nacimiento. «Se llamará Hugo Rafael», dije desde allá en un mensaje a la mamá y a la abuela, mi mamá.

Al tercer día fue que pude salir. Me dieron permiso, llegó otro capitán a relevarme y agarré un autobús de Carora hasta Barquisimeto.



Allí un primo me llevó hasta Barinas. Llegué a Barinas y consigo a la familia triste, porque el niño nació con el píloro pegado, que es como una válvula que está al final del esófago. Eso lo aprendí esa vez. El muchacho chiquitico y lo iban a operar. Por fin no hizo falta, no hubo operación. Después fue que se le abrió mucho el píloro, comía mucho y se puso como Juan Barreto, parecía una pelota blanca, porque era blanquito mi muchacho. ¡Que Dios lo bendiga!, y a todos los muchachos de Venezuela.

NO LES TENGO MIEDO

¡Ah!, entonces, me di cuenta de algo que yo no había descubierto: el miedo a los poderes fácticos. Vean los periódicos. Bueno compadre, a mí no me importa. A mis hijas les dicen de todo, hasta a la más chiquita, pues, se meten con ella, con ellos, con mi hijo, mis padres. No me importa nada, y ellos lo saben. No le tengo miedo al qué dirán, ni al qué harán. Dios me cuide los hijos y los hijos de todos nosotros. Un día les conté algo a mis hijos, los grandes, porque empezaron a llegar amenazas cuando no tenía forma de protegerlos. Ahora, el Estado está obligado a protegerlos, es una obligación constitucional. Yo andaba por las calles, y me divorcié. Nancy con sus tres muchachos en Barinas, solos. Yo les mandaba una platica, y una casita por allá que pudimos medio acomodar. Eso fue lo que les dejé, no tenía más nada. Y me fui por los caminos a cumplir con lo que tenía que cumplir.

Un día amenazaron que si yo seguía haciendo lo que estaba haciendo, iban a secuestrar a una de mis hijas. Estaban de doce años, quince años, y esa edad tan difícil. Entonces reuní a las dos mayores, porque Huguito tenía diez. Igual les dije: «Muchachas, cuídense». Porque ya era la edad de salir de noche, el novio y la adolescencia. Esa época tan

bella, pero tan peligrosa al mismo tiempo. Alguien dijo: «El que tiene un hijo tiene todos los miedos del mundo».

EL TRAPO ROJO

Cuando estaba en Yare, María me escribió cartas, poemas y cosas muy hermosas, del alma. Es que ella escribe del alma. Y una cosa muy hermosa, una vez de un trapo rojo.



¿Te acuerdas, María? Porque en la cárcel, cuando ellos se iban, yo sacaba un trapo rojo por la ventana. Ella dice que sigue viendo ese trapo rojo. Eso es profundo, un símbolo.

Luego, un momento muy difícil del Movimiento Bolivariano, en que yo había sido detenido una vez y me mandaron a Oriente, andábamos en dificultades. El Movimiento se vino abajo y había desconcierto, persecuciones, mucha vigilancia. Hubo una infiltración, una traición de alguien que habló. Entonces, Huguito, una vez que vine a la casa, me dice: «Papá, escribí esto». Hizo un dibujo así como unas rayas, como un río, y un jeep, un carrito así, y abajo una leyenda: «El río corre duro pero es bajito y los “jices” pasarán». Yo leí y le dije: «Dios mío, muchacho, qué alma, ¿de dónde sacas tú eso?». Fue un mensaje al padre que llegó un poco cabizbajo, cansado. Yo viajaba de Maturín en mi carrito viejo, solo hasta la casa. En ese tiempo andaba como con lepra, nadie se me acercaba. Y después decía la leyenda: «Y saldrán con barro, pero los lavaremos». Fíjate tú.



¿Ustedes saben quién me imita a mí, pero perfecto? Rosinés. Se para y saluda: «Permiso, mi comandante en jefe». Un día, caminando por entre unos árboles, andaba vestida de soldado, me dijo: «Papi, yo quiero ser paracaidista». Por supuesto la idea no me gusta mucho. La María, mi hija, fue la que se lanzó de un avión. Aquí está uno de los culpables, se lanzaron sin avisarme a mí, chico.

Ahora Rosinés me dice que quería ser paracaidista y ella estaba sacando la cuenta. Fíjate, matemática. Ella tenía como siete años, empezando en la escuela, segundo grado. Yo le dije: «Tendrás que esperar a ser mayor de edad», ganando tiempo. «Tendrás que esperar a que cumplas dieciocho años». Se puso a sacar la cuenta, la carajita. Seguimos caminando y al rato se para: «¿Papi, o sea que faltan once años para que yo pueda saltar en paracaídas?». «Bueno, más o menos por ahí, once años». Y seguimos caminando con unos perros, porque ella tenía unos perros allá. Se para otra vez: «Papi, ¿cuánto te queda a ti de presidente?, ¿hasta el 2021?». Yo le dije: «no, no, yo no sé». «Bueno, 2021 será».

Sacó la cuenta: «Oye, te quedan a ti trece años, o sea que cuando yo cumpla dieciocho a ti te quedan como tres de presidente». Le dije: «Yo no sé, pero eso es la cuenta que tú estás sacando». «¿Y tú podrás saltar?», «¿cuántos años tendrás tú?», «¿cincuenta, sesenta y pico de años?». O sea lo que ella estaba pensando era tirarse conmigo de un avión, compadre. «No nos tiraremos de un avión, mi vida, pero podremos jugar dominó, a lo mejor, o jugar...». «¿Qué?». «Bolas criollas que te gustan tanto».

Tenía varios años que no pasaba el 31 con toda la familia, y especialmente con los viejos, los hermanos, y aquella sobri-nera, los hijos, nietos, etcétera. Le llegué de sorpresa a mi hermano Adán a su casa y estaban, como siempre, jugando dominó. Desde hace quince o veinte años es la partida de dominó en la tarde. Yo juego un estilo de dominó que bautizaron allá como «suicida». Tenía varios años que no jugaba. Me conseguí un viejo amigo, hicimos una buena partida, un *match*, y lo ganamos aplicando el «suicidismo». Mis hermanos juegan mucho dominó. Yo no sé jugar. Pero uno de mis hermanos, cuando la mano ya lleva tres o cuatro vueltas, sabe qué piedras tiene este, qué tiene el otro y el otro. Él cuenta cuántas pintas han salido y cuántas no han salido.

Luego estuvimos brindando en la noche del 31, por lo que pudo haber sido y no fue; y el brindis del futuro, el brindis de lo que va a ser Venezuela y será. El día primero me fui, con los muchachos también, a visitar una pequeña finquita que tiene mi padre desde hace más de veinte años. Allí echamos una partida de bolas criollas. El gobernador de Lara, mi amigo, nuestro amigo Reyes Reyes y yo, contra dos de mis hermanos, y también les ganamos en bolas criollas. A paso de vencedores les metimos el primer zapatero del siglo, quedó escrito allá. Tenía como cinco años que no jugaba una partida de bolas criollas en ese sitio tan querido. Yo le decía a Rosa Virginia: «¡Mira, mi vida, cómo pasa el tiempo!».

Y fuimos a la orilla del río. Esa orilla de río es un bosque muy tupido. Nos fuimos a explorarlo por un caminito, unos topochales, y llegamos al río. Ese ya no es el Santo Domingo ni el Boconó. Estamos hablando del Pagüey, ya en la vía hacia San Cristóbal, pero muy cerca de la ciudad de Barinas. Claro que yo andaba tratando de pasar como desapercibido. Había muchos niños bañándose, alguno me vio y empezaron: «¡Chávez! ¡Chávez!». Bueno, tuve que bajar a saludarlos



con la familia. Porque ahí hay una isleta muy bella en el río Pagüey, que desde hace muchos años la gente llama «La Isla de la Fantasía». Ahí van muchos niños, familias enteras se van en caravanas de camiones, de carros. La gente lleva chinchorros y pasan todo el Año Nuevo a la orilla del río, bañándose en un agua muy fresca, en las aguas del río Pagüey.

Tenía varios años que no me sentía, ¿cómo puedo decirlo?, sí, lejos del mundanal ruido, a la orilla de un río, caminando por un bosque de la mano de mis hijos, de mi nieta, de mis viejos, de mis hermanos, de amigos y de amigas. Como una magia. Yo me olvidé de presidente, me olvidé de todo eso y volví a ser el niño aquel, el muchacho aquel que anda por dentro.

2

Crónicas de pelota



BATEAR P'AL TOPOCHAL

A VECES UNO ERA PALO Y PALO . Cuando un equipo está perdiendo diez a cero, le entran a palo a todos los *pitchers*; el equipo se desmoraliza.

Aquellos juegos se convertían en una masacre, pues. Por eso pusieron el *nocaut*, ¿no? En la pelota sabanera a veces uno metía 40 carreras. Adrián Frías, mi primo, al que llaman «el Guache», era el más grande de todos nosotros e impuso la norma de que cuando la pelota se pierde en el topochal, pues uno da carrera y carrera hasta que aparezca. Adrián era vivo porque, como es zurdo, bateaba para el lado del topochal.

Nosotros éramos una pila de carajitos, como de diez y once años, y ya él era un muchacho de catorce. Como yo soy zurdo también aproveché la regla esa. Uno bateaba con una tablita así, ¡pum!, p'al topochal. Una vez anoté como 12 carreras; no aparecía la pelota, había caído encima de una mata de topocho y mi hermano Adán buscando la pelota. Adán también es zurdo, así que también bateaba para ese lado del topochal.

Nunca olvido que ese fue uno de mis sueños. Detrás del ejemplo del «Látigo» Chávez. Isaías Chávez, a quien yo admiré tanto y que murió el año 1969, cuando iba hacia las Grandes Ligas. El «Látigo» tenía 23 años cuando cayó aquel avión, allá en Ziruma. Era un domingo, me levanté un poco tarde. A mí se me vino el mundo. Tenía, catorce años y el sueño de ser como el «Látigo» Chávez.

En ese tiempo uno no veía televisión. Uno oía los juegos por un radiecito de pila. Nos poníamos en grupo los vecinos a oír el juego. Yo le seguía la pista al «Látigo» en una revista que llamaba *Sport Gráfico*. Al «Látigo» Chávez lo operaron de una calcificación en el codo del brazo de lanzar, comenzando el 68. Así que en esa temporada no jugó. Iba al dogout y aparecía por ahí. De vez en cuando trotaba con el equipo Magallanes. Así que lo extrañamos mucho el año 68, bueno, y no volvió. Se fue para siempre.

Una noche, en 1967, jugando contra el Caracas, estábamos ahí en la placita Rodríguez Domínguez oyendo el juego, caraquistas y magallaneros. Ahí estábamos todos, vecinos y amigos. Mi papá, pues, furibundo magallanero. Caracas tenía tres en base sin out. Aquella noche fue de gloria para nosotros los magallaneros y especialmente los chavistas. Resulta que traen al «Látigo». Era un muchacho, veinte años tenía. Venía de un nacional de béisbol donde representó al Distrito Federal, en Margarita. Allá se ganó el apodo del «Látigo», porque levantaba muchísimo la pierna, a lo Juan Marichal. Un señor puertorriqueño me dijo: «Yo no recuerdo cómo se llamaba aquel muchacho, pero le decíamos “el Juan Marichal venezolano”», en Dominicana, en Puerto Rico, en todo el Caribe.

Entonces, al «Látigo» Chávez lo traen a relevar, creo que en un quinto *inning* tres en base tenía el Caracas y venía la toletería. Imagínate tú: Víctor Davalillo, José Tartabul y

César Tovar que en paz descanse. Ese era el trío. Y el «Lati-guito» los ha ponchado a los tres en fi la. Nunca lo olvidaré. Nosotros pegamos gritos aquella noche. Terminamos peleados con los caraquistas en la esquina.

CAIMANERA EN EL BARRIO COROMOTO

Nosotros teníamos el equipo de béisbol de la Rodríguez Domínguez e íbamos a jugar los fi nes de semana al barrio Coromoto, más allá del aserradero. Pero ese era un campo, un peladero ahí y aquel tierrero compadre, como talco, la tierra floja. Porque pasaban muchos camiones por ahí, roleros.

Viene un tipo del barrio Coromoto, uno altote, y batea un *rolling*. Yo agarro el *rolling*, pero él sale corriendo arras-trando los pies. Claro, esa era la técnica. Aquel tierrero y uno no veía la primera base, un desastre. Yo lancé a primera pero él iba corriendo levantando tierra. La primera base no vio el tiro y la pelota se fue. Él siguió levantando polvo, y segunda, tercera. Llegó a *home*, anotó en carrera. Imagínate tú, el barrio Coromoto. Nunca se me olvidan esas tremendas caimaneras. Ahí jugábamos todo el día sábado y domingo.

ANOTEN ESE ZURDO

Recuerdo cuando decidí venirme a la Academia Militar a probar suerte en la vida, porque quería ser pelotero profesio-nal. Resulta que me vine sin permiso de mi papá. Él quería que estudiara en la ULA, en Mérida, que era más cerca de Barinas. Yo quería ser ingeniero también. Pero agarré un maletín viejo donde metí los *spikes*, el guante y la camiseta de Magallanes, vieja y raída que me ponía de vez en cuando. Y me vine a Caracas a buscar a Chicho Romero, un tío polí-tico que estuvo casado muchos años con una tía mía, herma-



na de mamá. Luego se separaron y él se vino a Caracas, pero tío se quedó para toda la vida. Llegué a buscarlo a La Castellana, la casa estaba sola, así que me quedé ahí esperando que alguien llegara. Llegó mi tío como a las cuatro horas, andaba de chofer. Me dio un abrazo y preguntó qué hacía por ahí. Esa noche dormí en el carro de esa familia, en el asiento de atrás, porque no había habitación disponible. Me trataron muy bien, me dieron comida.

Al día siguiente, Chicho me llevó a la Academia Militar y presenté mi exámen. ¿Sabes a quién conocí ese día? A Héctor Benítez, que es para mí un padre. Siempre lo veo, estuvo en Cuba en el juego que hicimos. Héctor fue, precisamente, quien me anotó en una lista ese otro día que Chicho me lleva porque yo tenía una materia reprobada en quinto año. Venenito ayudó a eso, el profesor de química. Saqué nueve en el examen final, así que en la Academia no aceptaban con materia raspada. Pero nos probaron en el béisbol. Héctor Benítez era *coach* de bateo del equipo de la Academia. Yo tuve suerte. Me lanzaron tres rectas pegadas y metí tres líneas hacia la banda derecha. Recuerdo que Héctor Benítez dijo: «Anoten ese zurdo». Anotaron al zurdo Hugo

Chávez y por eso entré yo a la Academia Militar de manera temporal, mientras reparaba la materia.

JUGANDO CHAPITA

Yo era recluta, cadete de primer año. Eso fue como en noviembre o diciembre de 1971. Salí de permiso un día. Era nuevecito y fl aquito. La gorra me quedaba grandota y me tapaba hasta las orejas. Entonces uno agarraba un libre en El Valle, donde hoy están esos edificios. Ahí no había edificios, eran casas y edificios pequeños. Longaray se llama eso. Por ahí pasaban los taxis. Uno se paraba ahí vestidito de azul, impecable, con los guantes blanquitos y sacaba la mano al primer taxi que pasaba. Y yo perdido en Caracas, pero me iba a casa de mi tío Chicho Romero, que era chofer de un por puesto, de una camioneta. Vivía con su mujer en la calle Colombia, de Catia, cerca del mercado. En una casita que tenía una habitación, y un cuartico allá atrás. Ahí llegaba yo. Me iba de azul y le dije al señor: «¿Cuánto me lleva hasta Catia en la calle Colombia?». «Cinco bolívares, vamos, un cachete».

Uno se montaba atrás, se quitaba los guantes, y mirando hacia los lados, viendo a Caracas. Andaba asustado, era un veguero, pero del monte adentro. Yo vine a sentarme a ver televisión ahí, chico, en esos años. Pues entonces pasaba por el Cementerio General del Sur, miraba la tumba del «Látigo Chávez», me la imaginaba. El chofer, en vez de tomar la autopista por los túneles, se metió por la avenida Nueva Granada hasta el cine Arauca. El viejo cine Arauca donde yo iba con una novia que después tuve por ahí, en Prado de María. Ahí no había elevado, cruzamos a la izquierda. Yo iba ahí, mirando hacia los lados, nuevo, perdido, muy curioso.

De repente veo a un muchacho jugando chapita. Y me digo: «Yo conozco a ese tipo». Jorge Ramírez, mi amigo, cuarto bate de nuestro equipo junior en Barinas, en Naciona-



les. Zurdo, primera base y se había graduado conmigo cuatro meses antes de bachiller. Se vino a Caracas a estudiar, creo que Farmacia, estaba esperando cupo. Y le digo al taxista: «Señor, ¿usted se puede devolver?». Dimos la vuelta por detrás de los edificios, ahí está la Gran Colombia, pasamos de nuevo y le digo: «Párese aquí, por favor». Y me quedo

mirando otra vez al muchacho, y me digo: «Sí, este es Jorge Ramírez, no tengo dudas». «Señor, usted me puede esperar aquí, pero un minuto». «No vaya a durar mucho, nuevo», me dijo. Uno era tan nuevo que hasta los choferes le decían a uno nuevo.

Le llego a Jorge y me le pongo de frente. Él no me conocía, chico. Yo estaba mucho más flaco de tanto trotar y hacer educación física, estaba huesudo y con la gorra esa que me tapaba hasta las orejas. ¿Qué me iba a reconocer? Y me dice Jorge: «Y tú, ¿qué quieres?». «Jorge, ¿no me conoces?». Me quito la gorra, y me dice: «¡Hugo!», y nos damos un abrazo. Él no sabía que yo era cadete. «¿Qué haces?», «¿dónde estás?». Yo: «en la Academia Militar». «¿Tú de militar?». «Sí, vale, es que yo quiero jugar pelota aquí». «Yo también, vale, yo voy a jugar pelota en alguna parte».

Éramos unos «fi ebruos» y estaba jugando chapita. ¿Tú sabes lo que yo estaba haciendo a los diez minutos? Con un *blue jeans* que me prestó, unas botas de goma del hijo mayor de Josefa –a la que conocí ese día y a su esposo, tía de él–, pues jugando chapita en el edificio Aroa. Ahí pasé cuatro años jugando chapita, saliendo con los amigos, caminando hasta la esquina de la panadería, la heladería allá, la licorería en la esquina que después a los años mataron al señor para atracarlo. Bueno, yendo al Cine Arauca, caminando por esos barrios.

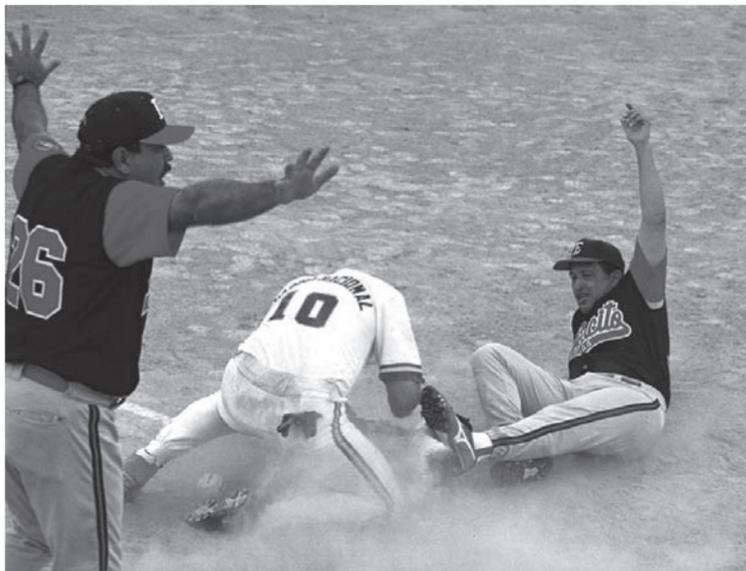
CHAMPION ESTAFADOR

Una vez en un Torneo Interfuerzas quedé *champion* estafador. ¡Fíjate tú!, me robé como siete bases en un torneo. Yo era rápido de piernas en eso de salir a robar. Mi hija Rosa Virginia estaba presente el día de las premiaciones. «Teniente Hugo Chávez». Salgo yo, y mi hija me pregunta: «Papá,

¿qué es eso de estafador?, ¡explícame!, ¿cómo es eso de estafador y no estás preso?». ¡Imagínate tú!, tuve que explicarle a mi negrita varias veces hasta que entendió.

A mí me encantaba que Encarnación Aponte me diera seña a robo cuando estaba en primera base, abriendo bastante ahí. Señal de robo cuando el *pitcher* levantaba un poquito el *spike* y se disparaba uno para segunda base. Una vez, una sola vez me robé el *home*. Recuerdo que fue en un campeonato nacional. Goyo, ¿recuerdas? En Barinas, 1976.

Jugábamos contra Aragua. Yo era ya subteniente; estaba en tercera base y el juego empatado. Encarnación Aponte, el manager, me dice: «Coge bastante, Chávez, que el *catcher* está medio descuidado», por no decir otra palabra. Resulta que estaba bateando Goyo Morales, era el *short stop* de nosotros, buen pelotero. Yo abro bastante y cuando el *pitcher* lanza, agarro bastante terreno y vuelvo a agarrar terreno. En una de esas, cuando el *catcher* va a devolverle al *pitcher*, se le cae la pelota como a un metro del *home*. Yo me voy disparado para *home* y me deslizo.



El *catcher* busca la pelota y se lanza tapando el *home*. Y hay una foto de ese robo del *home*. Aparece el *umpire*, que era un amigo que le decíamos «El Ganso», y Goyo Morales está con el bate así, con el casco puesto, mirando la jugada. Y al fondo de la foto, detrás en la tribuna, sentadas mi madre y mi novia Nancy Colmenares, mi primera esposa, madre de mis tres hijos mayores, a la que saludo afectuosamente. Es una foto así como para la vida. Nunca la había visto hasta que Goyo Morales me la regaló un día en Barinas, como diez años después: «Mira, Hugo, esta foto, ¡qué foto!». Allá la tengo guardada, Goyo, muchas gracias, recuerdo de toda la vida.

EL GRAN AUSENTE

Fue unos meses después del 4 de febrero. Entonces pasó algo muy bonito. Hubo Juegos Interfuerzas en agosto del 92. Me enteré por el periódico. Y yo, que iba a todos los juegos, estaba preso. Me dijo mi esposa entonces: «Mira que hay unos juegos y me invitaron que fuera». Y le dije: «Anda, lleva a los niños, salúdalos». Jugaron en Maracay. ¿Y tú sabes lo que hicieron? Ese otro domingo llegó corriendo a la cárcel mi hijo Hugo. Tenía como ocho años. «Papá, mira lo que te mandaron», una pelota con el trofeo «El gran ausente».

Yo me puse a llorar de emoción. Allá tengo esa pelota. Se había perdido. ¿Saben por qué?, porque el gobierno se enteró de la pelota. Mi esposa se la llevó para la casa y andaban buscándola. Iban a allanar la casa para llevarse la pelota, para dar de baja a los que firmaron. Eran todos los del equipo de *sóftbol*. Entonces le dije a Nancy: «Esconde la pelota». La enterraron, esa es una historia. Después la pelota se perdió. Hace poco por allá en Mariara, iba por una calle en un camión, un poco de gente y una persona: «¡Chávez, aquí está la pelota!». La pelota se la llevaron no sé para dónde para esconderla. Volvió después de quince años.

Esa noche veníamos juntos en el carro, Fidel y yo, ya vestidos con el uniforme de béisbol. Nos paramos en la puerta, íbamos a entrar al estadio cuando Fidel me dijo: «Hasta aquí llega mi caballerosidad, de aquí en adelante defiéndete como puedas». Él me había dicho: «Mira, Chávez, les recomiendo que hagan carreras en los primeros *innings*». Eso yo lo analizaba y le daba la vuelta: ¿Qué me querrá decir este con eso? ¡Claro! Tenía la emboscada preparada en el cuarto *inning*. Pero Fidel se vio obligado a adelantarla.

Estábamos dándoles batazos por todos lados y adelantó la emboscada para el segundo *inning*. ¿Te acuerdas de Germán Mesa? Una barba así... Y una barrigota. Y lo de Kindelán en primera. ¡Y cómo estaba de bravo Remigio Hermoso! Remigio tomó en serio todo eso y se peleó conmigo como seis meses. Las relaciones se arreglaron cuando vino con un montón de pelotas en una caja y le dice a Fidel: «Fírmeme todo eso». Como cuatro cajas le trajo. ¡Estaba muy bravo! «Hasta hoy lo respeté a usted», le dijo a Fidel.

Ustedes no me van a creer, pero yo le metí un *hit* a José Ariel Contreras. Salió a *pitchear* uno con una barriga grandota y una chiva postiza, y era nada más y nada menos que este Contreras con una almohada por barriga. Yo lo veo que sale y digo: «Este gordo barrigón, ¿quién será?». Me pongo a batear ahí y cuando lanzó la primera recta, ¡fuaz! No la vi. Fidel Castro pide tiempo —esto es verídico— y viene a hablar con el *pitcher*. Yo lo veo, me acerco a ver qué es lo que van a hablar, ¿no? Y oigo que le dice Fidel: «Mira, ¿no le puedes

Nota: Esta anécdota se refiere a una broma que le hizo Fidel a Chávez durante el juego de pelota, en donde los personajes nombrados en ella son reconocidos peloteros profesionales del béisbol de Cuba que jugaron para el equipo de Fidel contra el equipo de Chávez, disfrazados con barbas potizas y barrigas falsas para confundir a Chávez y su equipo. Salvo Remigio Hermoso, pelotero venezolano, que jugaba para el equipo de Chávez

tirar más suave a Chávez?, no le puedes dar un pelotazo a Chávez». Y dice Contreras: «Eso es lo más lento que yo puedo lanzar una pelota de béisbol, comandante». Y eran como 90 millas.